

CRÓNICAS DE PABLO GARRIDO.-

Aparecen los jueves

MARIO CONSTANTINO, LUCHADOR VIOLINISTA

LAS PARADOJAS DE LA VIDA JUNTAN LO RUDO Y LO DÉLICADO

DESPUES de realizar una labor de más de ocho meses en pro de la difusión de la música negro-americana ("spiritual", "blues", "ragtime" y jazz en general), habiendo relatado sus orígenes, su historia y evolución, sus principales valores, y de haber entrevistado a una docena de los jóvenes valores chilenos del jazz, vamos a darles a estas crónicas una nueva orientación. No es que consideremos que hemos desarrollado una campaña que ha terminado con un éxito decidido; tampoco se trata de una retirada. Queremos servir a nuestros lectores, en el más amplio sentido de la palabra. Por consiguiente desde hoy en adelante esta página no tendrá un tema permanente, sino que en ella expandiremos todo aquello que, relacionándose con las múltiples manifestaciones de la música, tenga un interés general y no particular.

NOS ANIMA U N NUEVO ESPIRITU

Animados de este nuevo espíritu, y buscando en el fondo de nuestra caja de Pandora lo aquí, estimados lectores, que nos topamos con la efígie maestra y serena que engalana esta crónica: Mario Constantino. Es muy posible que desistáis de leer estas cuartillas, es probable, por otra parte, que la curiosidad pueda más y que tratéis de seguirnos. Aquí está el cronista, entonces, dispuestos a hacer sonar su flauta de Fafmelin y ver si puede lograr seguidores.

Mario Constantino, me diréis, es un luchador. Efectivamente: es un gran luchador. Ex campeón de Sudamérica de lucha libre, fu contextura, envidiable por cierto, denota ya que estamos frente a un hombre que comprende la belleza dentro de un despliegue de líneas armoniosas, frente a un cultor del deporte rudo recamado de un sentido estético completamente severo.

Porque Mario Constantino, a quien presentamos hoy en nues-

tra entrevista semanal, es un artista de verdad. Tendrá su "berra", cuando sube al ring, habrá cientos de ojos clavados en su musculatura, cientos de alientos en suspenso cuando la lucha se le torna incidentalmente, desfavorable. Saldrá invicto en cien peleas, y su nombre servirá de tema para largas diatribas desde el club deportivo o teatro, hasta la casita humilde de barriadas. Al día siguiente, en el gimnasio, en la fábrica, en el escritorio oficinesco, el nombre de Mario Constantino será motivo para más de algún apasionado comentario.

Pero, y aquí entramos nosotros, este campeón de lucha libre, chileno y afamado, no es solamente un campeón de lucha libre. Todas las tardes y todas las noches, Mario Constantino toma entre sus manos (con singular ternura) un estuche de violín. Calmadamente saca el arco, le coloca un poco de pez de castilla coje el violín, le quita el polvillo blanquico, y afina por un I.A del piano. Junto a él se sitúan otros artistas de valía; Bernardo Lacasia (que es el director y pianista), la señora Reinaldina K. de Kennedy (violinista que concertó en los EE. UU. de N. A.) y el violonchelista ruso Mischa Kosareff (que aún no ha perdido el perfume de las tortuosas callejas de Shanghai, de donde ha llegado). Todo esto sucede en un café tradicionalista en las cercanías del rojizo templo franciscano, en pleno corazón santiaguino.

Es entonces cuando Mario Constantino, el hombre impetuoso y temible del ring, se transfigura, y de su instrumento tetra-córdico surgen melodías tan finas, que sólo las paradojas de la vida pueden explicar.

CONVERSANDO CON EL VALIENTE LUCHADOR

Cualquier pretexto nos sirve para llegar hasta él. En la forma más fiel posible, transcribimos nuestra charla.

—¿Cuáles fueron sus actividades durante los tres años de



"LA vida nocturna de N. York es maravillosa" dice nuestro entrevistado de hoy. Una escena del famoso "Onyx" de la calle 52



MARIO CONSTANTINO, violinista chileno que pasó la reciedumbre de nuestra raza, por los rings norte-americanos

permanencia en los Estados Unidos?

—Realmente me costó un poco poder demostrar mis habilidades de atleta, es decir llegar a convencer a los managers; después de haber recibido los alentadores consejos de mis amigos don Miguel Briceño y don Luis Canales, y de mi instructor en Jiu-jitsu el caballero japonés Sr. Suegoro Soné, comprendí que debía hacerle un "valiente empeño" al título de Campeón de Lucha.

En Norteamérica mi manager, que era más que todo un caballeroso deportista, me hizo seguir un curso de 6 meses con el mejor profesor, el viejo ex campeón del mundo Farmer Burns. Era este un luchador admirable, que contaba con más de seis mil matches en el record de su larga carrera de más de 30 años; de esos perdió sólo diez!

—¿Cuéntenos de sus luchas.

Luché en casi todos los estados. De 72 encuentros, gané 65; empaté cuatro y perdí sólo dos. Uno quedó también pendiente, por no presentarse al match de definición mi contendidor, aunque se excusó; las excusas no cuentan allá.

—¿Qué diferencia hay entre lucha libre y la greco-romana?

—La lucha libre se diferencia bastante de la greco-romana. Es algo así como la música moderna de la clásica. Yo tenía la técnica clásica, pero el entrenamiento riguroso y el propósito firme de triunfar, así como un estudio constante del nuevo estilo, me sacaron bastante bien librado.

—¿Luchaba Ud. durante todo el año?

—No. Las luchas ocupan sólo una temporada; el invierno. En primavera y verano hay que hacer otras cosas, o tomar vacaciones. Yo aprovechaba esa época para descansar y distraerme visitando cuanto lugar me parecía de interés. ¡Hay tanto que ver! Mi interés se inclinaba especialmente por conocer las playas, las Universalidades y teatros.

LAS MARAVILLAS DE LA VIDA NOCTURNA

—¿Qué puede decirnos de la vida nocturna?

—Es maravillosa y la echo mucho de menos, aunque yo no puedo vivir plenamente debido a mi constante entrenamiento.

—¿Qué night-clubs conoció?

—En Nueva York me llamaron la atención los night-clubs de la calle 52. Sus nombres españoles, son sugestivos: "The Mirador", "The 18", "Tony's Caliente" (éste fue propiedad de Al. Singer, ex campeón mundial de box), y "Pago Paggo", donde la bellísima bailarina Denise, interpretaba rumbas y auténticas danzas de los Mares del Sur, y las que de tal no sé de donde se les ocurría inventar.

En el "Mirador" la atracción musical era un trompetista llamado Bobby Powell; en el "Onix" actuaba Pete Brown, saxofonista "hot".

—¿Qué puede decirnos del público de los night-clubs?

—Me llamó mucho la atención la intimidad del público, artistas y músicos.

Todos pasan las veladas como si fueran buenos camaradas. Nada de estiramiento de parte de la concurrencia; más nos esa especie de rencor que se observa por aquí, de parte de los que ejecutan, ballan o cantan para que el resto se divierta.

—¿Estuvo Ud. en Chicago?

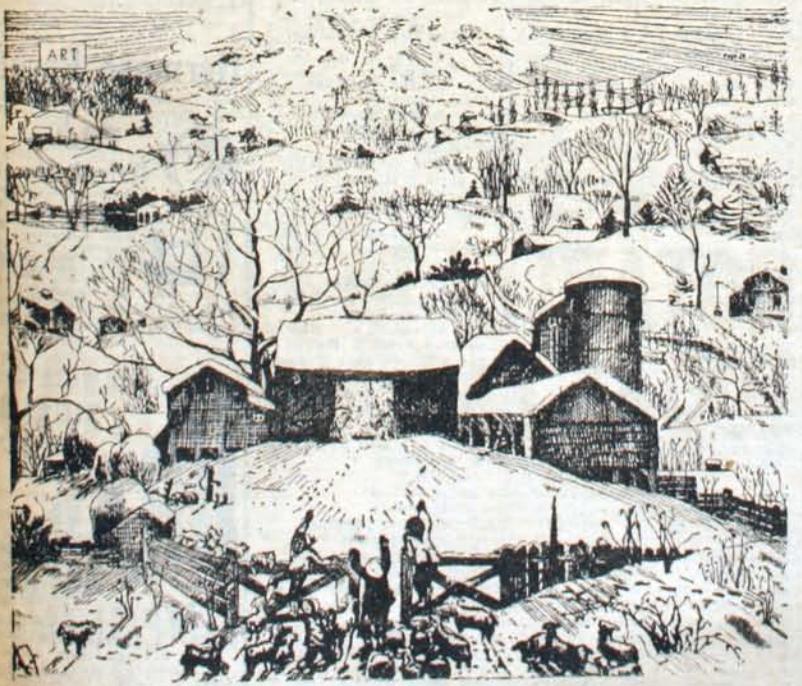
—Por cierto; fué la ciudad que conocí mejor. Hay allí también mucha vida musical y artística en general. Me tocó la suerte de oír a nuestro compatriota Carlos Morelli (Zanelli), en las óperas Aida y Trovador. Concertistas de fama, que llamaron mi atención extraordinariamente fueron André Segovia, el guitarrista excelso y Nathan Milstein. He escuchado asimismo a Mischka Elman, Jascha Heifetz y Fritz Kreisler, que para mí es todo un ídolo.

La orquesta sinfónica de Chicago es magnífica y todos los veranos da conciertos gratuitos al aire libre en el Grant Park, donde hay capacidad para cien mil auditores. Aparecen en dichos conciertos celebridades de la talla de Lily Pons, Stokowski, etc.; de este modo la música llega al alcance del más humilde.

—¿Qué nos dice de los night-clubs de Chicago?

—En Chicago, el más elegante Night Club es "Palmer House", donde siempre hay una compañía de variedades de más de 80 artistas, bailarinas, etc. Hay varias orquestas, que ejecutan...

(SIGA A LA PAGINA 30)



UNA noche de Navidad sonaban canciones chilenas cantadas por la juventud norteamericana en la ciudad de Chicago. Un luchador los ha ido conociendo Mario Constantino